

**Poli, Mario Aurelio**

*El Seminario Metropolitano de Buenos Aires en  
la Facultad de Teología (1622-2015)*

Capítulo IV de la obra:

100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro  
Pontificia Universidad Católica Argentina, 2015

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización de los autores y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Poli, Mario Aurelio. El Seminario Metropolitano de Buenos Aires en la Facultad de Teología (1622-2015) [en línea].  
En: 100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro / Coordinado por José C. Caamaño, Juan G. Durán,  
Fernando J. Ortega y Federico Tavelli. Buenos Aires : Agape, 2015. Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/.seminario-buenos-aires-facultadpdf> [Fecha de consulta: ...]

quedado, como un patrimonio común, el espíritu de los Ejercicios Espirituales, que san Ignacio vivió como laico, antes de ser jesuita. Y ahora que contamos con el papa Francisco, antiguo seminarista de Devoto y jesuita, nos sentimos más llamados a acentuar lo común del patrimonio, que es el espíritu del Evangelio.-

## Capítulo IV

# El Seminario Metropolitano de Buenos Aires en la Facultad de Teología (1622-2015)<sup>1</sup>

MARIO AURELIO POLI

Estas páginas pretenden servir a la *memoria histórica* de una de las instituciones más queridas de nuestra Arquidiócesis de Buenos Aires, cuya proyección educativa nacional y latinoamericana nos llena de orgullo: el *Seminario Inmaculada Concepción*. Precisamente, nos parece muy necesaria la evocación de un momento tan importante en su larga trayectoria al servicio de la formación sacerdotal, al cumplirse el primer centenario de la piedra fundamental del edificio.

Una breve y sucinta crónica —que figura en nuestros archivos—, nos puede recrear el acontecimiento al cual aludimos:

“Se comió a la francesa: 10 hs, almuerzo, a las 6 comida y a las 8 té. Se comió así para que todos pudiesen asistir a la colocación de la 1ª Piedra del nuevo Seminario e Iglesia de Villa Devoto. Las bendijo el Sr. Arzobispo. Padrinos fueron el Señor Presidente de la República y Doña Mercedes Castellano de Anchorena. El Sr. Lacroze ofreció llevar gratuitamente a todo el seminario hasta el lugar de la fiesta, poniendo a nuestra disposición los tranways necesarios. Hubo pontifical por la mañana en la catedral; fueron diez de los mayores, quienes después tomaron el tren especial concedido

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada por el autor, en el acto celebrativo del centenario de la piedra fundamental del actual edificio del Seminario en Villa Devoto (1897-1997), con algunas actualizaciones hasta nuestros días.

por la empresa, pues no llegaron a tiempo para sumarse con los demás que llegaron en tranway".<sup>2</sup>

No tenemos más noticias que estas.... El Presidente de la República era Don José Evaristo Uriburu.

La fecha elegida aquel año coincidió con la solemnidad de la Ascensión, y por lo mismo, espontáneamente, la sola mención del misterio celebrado nos refiere a la figura del Salvador, a quien San Pedro llamó «piedra viva» (1P 2,4). El Señor mismo se comparó a la piedra que desecharon los constructores, pero que se convirtió en la piedra angular (Mt 21, 42; Sal 117, 22).<sup>3</sup> Él es el punto obligado de referencia de la vocación sacerdotal y el ideal pleno del sacerdocio católico. San Agustín, al comentar el Salmo 117 y reconociendo a Cristo piedra basal de la Iglesia, siguiendo la analogía de esta imagen edificia enseña «que el Señor *edifica ocultamente*; Él se constituyó en *cabecera de ángulo* de lo que otros desecharon. Y vino a ser *admirable a nuestros ojos*; a los ojos interiores del hombre, a los ojos de los que creen, esperan y aman; mas no a los ojos carnales de aquellos que despreciándole como a hombre le desecharon». <sup>4</sup> En realidad, nos sobran motivos para pensar que este edificio tiene a Cristo por fundamento de todo su acontecer. No fue simplemente una premonitoria casualidad la fecha elegida en aquella oportunidad, sino que debemos interpretar la intención de una premeditada causalidad, para que todo el edificio, desde sus cimientos, se levantara y trabase en la inefable doctrina de amor y verdad evangélica.

## 1. El Seminario durante la Colonia<sup>5</sup>

Pero dada la antigüedad del Seminario, merece que reparemos, al menos brevemente, en las raíces coloniales de su larga vida, pues su origen se confunde con la misma erección de la diócesis de la Santísima Trinidad del Puerto de Buenos Aires, hecho que ocurrió

<sup>2</sup> *Diario del Seminario Conciliar de Buenos Aires (1 enero de 1894 hasta diciembre de 1904).*

<sup>3</sup> CEC, 756.

<sup>4</sup> *Enarraciones sobre los Salmos*, Salmo 117, vv. 22 y 23, Madrid, BAC, 255, 1966, 1030-1031.

<sup>5</sup> Véase a Ernesto Salvia: *El Seminario desde su fundación hasta la época de Rosas, en Apacienten el Rebaño de Dios, Libro del Centenario en Villa Devoto 1899-1999*, Editores: A. Marino-M. A. Poli, Buenos Aires 1999, 21-33.

en 1620.<sup>6</sup> En efecto, la primera evangelización latinoamericana vio nacer los primeros seminarios inspirados en las orientaciones del gran Concilio de Trento.<sup>7</sup> Las exigencias de la modernidad y los grandes frentes misionales que se abrieron a la obra apostólica de la Iglesia —pensemos solo en los numerosos pueblos y culturas de las indias Orientales y Occidentales—, hizo que los padres conciliares reparasen en renovar el modelo formativo para los futuros sacerdotes, cuyas líneas fundamentales giraban en torno a la integridad de vida para testimoniar la fe que predicaban, la doctrina y ciencia necesarias para ejercer el magisterio entre los fieles y el grado de santidad que reclamaba su ministerio. Los Colegios Seminarios parecían ofrecer las garantías de una sólida formación para los futuros ministros del altar, y de hecho se multiplicaron de tal manera, que la mayoría de las diócesis fundadas durante el siglo XVI ya contaban con Seminarios propios. En nuestro medio, el primero de ellos fue el Colegio Seminario de Santa Catalina, fundado por el obispo Trejo y Sanabria en la diócesis de Córdoba del Tucumán, con sede en Santiago del Estero, en 1597, como uno de los frutos del Primer Sínodo diocesano celebrado en el territorio nacional.<sup>8</sup>

Cuando Buenos Aires apenas era un remolino de casas —acaso una treintena de familias estables—, y el número de habitantes no pasaba de 500, sin contar la indiada curiosa que merodeaba en los suburbios, el primer obispo, un carmelita descalzo, Fray Pedro de Carranza, firmaba el 29 de marzo de 1622 un convenio con el Provincial de los Jesuitas, el P. Pedro Oñate. Desde entonces, la Compañía de Jesús regentó los estudios del flamante Seminario porteño, que comenzó sus cursos de latinidad, gramática y humanidades con 22 estudiantes.<sup>9</sup> Sin solemnidad, aunque en forma muy efectiva y clara, debemos reconocer a aquella fecha como el antecedente más remoto de la institución que perdura hasta nuestros días.

<sup>6</sup> Cf. M. A. POLI; R. LAVALLE, *Un documento original. La Bula «ad clerum» de la diócesis de Buenos Aires (1620)*, *Separata de Teología XXXVI*, n° 53 (1990), 109-130.

<sup>7</sup> Sessio XXXIII, cap. XVIII.

<sup>8</sup> Cf. C. BRUNO, *Historia de la Iglesia en la Argentina (= HIA)*, t. II, 368 ss; P. GRÉNÓN, *Fundaciones - El colegio seminario Santa Catalina en Santiago del Estero*, Córdoba, 1941; J. M. ARANCIBIA-NELSON C. DELLAFERRERA, *Los Sínodos del Antiguo Tucumán celebrados por Fray Fernando de Trejo y Sanabria, 1597, 1606 y 1607*, Buenos Aires, Ed. Patria Grande, 1979.

<sup>9</sup> HIA, II, 123 ss.

Durante mucho tiempo, prácticamente hasta la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, los seminaristas asistían diariamente al colegio San Ignacio para estudiar Gramática, Teología y Filosofía, según los programas establecidos por la *Ratio Studiorum* de la misma Compañía. Los años posteriores al decreto de extrañamiento de Carlos III (1767), se produjo una lamentable dispersión y gran desconcierto entre los candidatos porteños al sacerdocio, que aquel año llegaba a 72.<sup>10</sup> Algunos estudiantes optaron por internarse en los conventos de dominicos y franciscanos, donde existían cátedras de Teología y Moral, que los promovían a las Sagradas Órdenes. Otros, los más pudientes, viajaron a la Universidad de Córdoba; y aun hubo quienes llegaron a los centros de altos estudios que había en las universidades de Charcas y Santiago de Chile, compartiendo la formación con la generación de compatriotas que, a la postre, debió asumir un protagonismo fundamental en las gestas de la emancipación nacional. La participación de cierto sector del clero en juntas, asambleas y congresos constituyentes, cuando lo reclamó la hora de la Patria, tuvo su origen, sin duda, en aquel providencial exilio, donde se acuñaron ideales de grandeza, con una profunda inspiración cristiana.

Sucesivamente, los obispos porteños del período colonial quisieron dotar al Seminario de un edificio propio, adecuado al régimen interno de sus actividades. Varios prelados intentaron concretar el proyecto sin éxito, y recién tomó forma gracias a la gestión, breve pero intensa, del obispo José Antonio Bazurco y Herrera, quien gobernó la diócesis escasos 12 meses, entre los años 1760 y 1761. Fue este prelado el que inició la construcción del Colegio Real o Seminario, que ocupó un amplio solar de la Plaza Mayor, contiguo al Cabildo secular, como consta en un dibujo de época que llevó a la tela el pintor Carlos Pellegrini.<sup>11</sup> El prelado no pudo ver la obra completa, que recién se concluyó en 1776. Sus sucesores convirtieron sus dependencias en Palacio Arzobispal. El cabildo eclesiástico reclamó repetidas veces contra aquella usurpación, y aprovechando un tiempo de sede vacante, en 1784, determinó nombrar como rector al Chantre Pedro Ignacio de Picasarri, quien lo ocupó nuevamen-

<sup>10</sup> HIA, V, 383 y ss.

<sup>11</sup> HIA, VII, 68.

te con 6 estudiantes. Fue en esa oportunidad que recibió el nombre de *Seminario de Nuestra Señora de la Concepción*.<sup>12</sup>

Los últimos obispos rioplatenses volvieron a ocupar las instalaciones del Seminario para convertirlo en residencia. Recién el obispo Benito Lué y Riega devolvió el edificio a su original destino en 1806, que fue ocupado nuevamente por el rector Picasarri, ahora con 34 estudiantes. También esto duró muy poco.<sup>13</sup> En efecto, tras los sucesos de las invasiones inglesas, en 1807, las autoridades de la Audiencia establecieron en sus dependencias el batallón de *Arribeños*, con la excusa de reforzar la defensa de la Plaza. Más tarde, en 1811, por orden de la Primera Junta, fue ocupado por las tropas del Regimiento N.º 3. Tras una nueva postergación, los seminaristas recibieron hospedaje en la finca de una familia porteña.

Resumiendo: durante todo el período colonial, el Seminario tuvo una vida escindida, con sede itinerante, pero no por ello la institución como tal dejó de existir. Las vocaciones nunca faltaron, y a pesar de la austeridad de medios y escasez de recursos, sumó generaciones de sacerdotes a la obra misional.

No fue distinta su suerte durante la primera mitad del siglo XIX, sino que muy por el contrario, la situación se fue agravando por la acefalía episcopal, primero, y por el desorden institucional que siguió al proceso de la emancipación patria. El Seminario subsistió de manera precaria hasta que fue clausurado formalmente por la reforma eclesiástica que llevó a cabo Rivadavia, en 1822. Más tarde, repuesta la jerarquía episcopal en 1834, y con la vuelta de la Compañía de Jesús en 1836, hubo un intento por reorganizar los estudios superiores de Filosofía y Teología en el Colegio que los padres jesuitas reabrieron en el antiguo edificio de la *Manzana de las Luces*. Pero esta experiencia muy pronto se frustró, cuando los hijos de San Ignacio fueron nuevamente expulsados, esta vez por decreto del Gobernador, en 1843. A partir de entonces, el obispo Mariano Medrano no pudo contener la injerencia de Rosas en cuestiones internas de la Iglesia, y prefirió enviar al Seminario de Chile el reducido número de candidatos porteños que habían perseverado en las pruebas.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> HIA, VII, 67.

<sup>13</sup> Cf. L. GARCÍA LOYDI, "El obispo Lué y Riega. Estudio crítico de su actuación" *Cuadernos de Historia eclesiástica* 2, Buenos Aires, 1969.

<sup>14</sup> El archivo documental del Seminario de los Santos Ángeles Custodios de la Arquidiócesis de Santiago de Chile, revela algunos apellidos pertenecientes a

Felizmente, durante el período de tiempo que conocemos como la «Confederación» (Caseros-Pavón, 1852-1861) asume la diócesis de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires, Mons. Mariano José Escalada. Había sido ordenado en 1836 para ser obispo auxiliar de Medrano y Cabrera, pero por mostrarse un tenaz defensor de los jesuitas, desde 1838 fue señalado por Rosas como opositor a su política y prácticamente vivió incomunicado y privado de ejercer su ministerio episcopal en forma pública hasta la caída del gobernador. Durante la dictadura, cumplió su ministerio como simple párroco, hasta que finalmente asumió el gobierno pastoral de la diócesis en noviembre de 1855. Más tarde, en 1865, cuando Pío IX la promovió a Arquidiócesis, se convirtió en su primer Arzobispo.

## 2. El Seminario desde su reapertura hasta 1899<sup>15</sup>

Aprovechando el regreso de los padres de la Compañía, inmediatamente Mons. Escalada realizó contactos con el superior religioso para que cuanto antes, retomasen la obra formativa del clero. Ese proyecto se concretó recién en 1857, cuando reabrió las puertas el Seminario bonaerense con 17 alumnos, en las instalaciones de la quinta Salinas o de Regina Martyrum (hoy Hipólito Yrigoyen y Sarandí), de propiedad de dicho obispo. Al mismo tiempo, reunía los fondos suficientes para enviar el primer contingente de estudiantes que cursarían sus estudios en Roma, en el flamante Colegio Pío Latinoamericano, que comenzó a funcionar en 1858.<sup>16</sup>

Paralelamente, el gobernador Pastor Obligado, intentaba por su cuenta remediar la escasez de sacerdotes, para lo cual el 3 de febrero de 1854 decretaba la creación de un Colegio Eclesiástico para la formación del clero bonaerense.<sup>17</sup> Como era de esperar, la iniciativa

familias porteñas. La dificultad para individualizarlos con certeza consiste en que no fueron discriminados en las listas que consultamos.

<sup>15</sup> Cf. F. AVELLÁ CHAFER, "El Seminario desde su reapertura hasta el Concilio Plenario Latinoamericano (1899)", en: A. MARINO; M. A. POLI (eds.), *Apacienten el Rebaño de Dios, Libro del Centenario en Villa Devoto 1899-1999*, Buenos Aires, 1999, 35-42.

<sup>16</sup> Se erigió bajo el pontificado de Pío IX, por iniciativa del sacerdote chileno José Ignacio Eizaguirre. Un año después, Mons. Escalada enviaba los primeros seminaristas argentinos.

<sup>17</sup> HIA, X, 246-249.

gubernamental nunca fue reconocida como seminario por el Obispo. Con similares matices, el 9 de septiembre de 1858 el gobierno de la Confederación, con sede en Paraná, promulgó la ley sobre *Seminarios Conciliares* para el clero secular. Estos debían crearse en todas las Iglesias catedrales, existentes y por existir. Los mismos serían dotados económicamente por el Gobierno Nacional, y estarían a su cargo las becas para un grupo de alumnos pobres. En la práctica, esta ayuda gubernamental fue casi nula. Más tarde, el Presidente Mitre, guiado por otro espíritu más bien práctico, promulgó en 1865, un decreto referido a la fundación y financiamiento del Seminario Conciliar de Buenos Aires. En el mismo, el gobierno se comprometía a buscar un lugar adecuado y a costear 25 becas, entre los alumnos porteños y del litoral. Con todo, los magros presupuestos con que contaba el Ministerio de Culto de esa época no permitió que se destinasen suficientes aportes para dichos fines.

Mientras tanto, cuando los jesuitas pudieron abrir su propio Colegio en 1864, dejan el Seminario, y el Obispo lo confía al clero secular que se hará cargo durante una década. En ese tiempo, se trasladan los estudiantes a una casa alquilada en la calle Alsina, frente al *Mercado Viejo* (entre Perú y Chacabuco). Allí rigió un *Reglamento* elaborado por Mons. Escalada, y el plan de estudios fue obra del Pbro. Ildefonso García. El mismo abarcaba diez años de formación y las principales asignaturas del programa comprendían: Idiomas, Literatura, Gramática, Geografía, Retórica, dos años de Filosofía, cuatro de Teología (Dogmática, Moral), Derecho Canónico, Liturgia y Sagrada Escritura.<sup>18</sup> El clero porteño, muy reducido por cierto, aunque contaba con sacerdotes preparados, no era suficiente para cubrir las exigencias académicas y la formación integral de los seminaristas, notablemente descuidada para entonces, que reclamaba una nueva orientación. Razones estas que se sumaron a las de orden económico, hicieron que en 1875, Monseñor Federico Aneiros solicitara nuevamente a la Compañía de Jesús que retomase la conducción de la formación, por lo que el Seminario volvió al solar de Regina.

Todavía en 1878, el Seminario corrió serio peligro de perder su identidad eclesial. El ministro de Instrucción Pública, Don Bonifacio Lastra, presentó un proyecto a la legislatura que tendía a transformarlo en Colegio Nacional, con el pretexto de elevar el nivel

<sup>18</sup> Cf. J. ISERN, *La formación del clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús (Reseña histórica)*, Buenos Aires, Ed. San Miguel, 1936, 214-215.

científico de la enseñanza, para ponerla acorde con los adelantos de la época. Detrás se cernía una vieja aspiración liberal: la secularización de la enseñanza eclesiástica. Afortunadamente, aquel programa encontró al arzobispo Aneiros bien advertido sobre las segundas intenciones de algunos miembros del gobierno, a las que opuso una tenaz y firme oposición, asesorado por el jesuita José Sato, célebre por muchas razones, entre otras, por su prolongado y fecundo rectorado al frente del Seminario en Regina, desde 1874 hasta 1897.

### 3. El Seminario en el siglo XX<sup>19</sup>

El fin del siglo XIX impostó a Buenos Aires el rostro de una ciudad cosmopolita, en gran parte renovada por el creciente fenómeno inmigratorio. En efecto, la década del noventa se caracterizó por una acelerada modernización que se expandía desde el centro a los barrios, modificando substancialmente su geografía. El Seminario, que bajo la disciplina jesuítica gozaba de la estabilidad requerida para la perseverancia de las vocaciones, ya no podía satisfacer al número de seminaristas que iba en aumento, y muy pronto quedó expuesto al avance urbanístico. Descartada, pues, la posibilidad de hacer un nuevo edificio en las inmediaciones de Regina Martyrum, el sucesor de Escalada, Mons. Federico Aneiros, comenzó a pensar en su traslado hacia algún punto periférico de la capital, que ofreciera garantías de silencio y recogimiento, a la vez que fuese de fácil comunicación. A su muerte, el Vicario Capitular,

<sup>19</sup> Cf. M. A. POLI, "El Seminario en el Siglo XX", en: A. MARINO; M. A. POLI (eds.), *Apacienten el Rebaño de Dios, Libro del Centenario en Villa Devoto 1899-1999*, Buenos Aires, 1999, 43-55. Para esta sección facilitarán la lectura de las notas las siguientes siglas: *Diario del Seminario, 1894-1904; 1904-1924*, cuaderno manuscrito; AHS= Archivo Histórico del Seminario; Eph= *Ephemerides in annum Christi (1914-1922) Ephemerides et status Seminarium (1923-1968)*; *Catálogo de Superiores y Alumnos o Efemérides (1969-1999)*; CPA= *Catalogus Professorum et Alumnorum*; CCAPA= *Calendario y Catálogo de Autoridades, Profesores y Alumnos CSA= Catálogo de Superiores y Alumnos*; SPD= *Solemnis Praemiorum Distributio in Seminario Conciliari Bonaerensi*; AFTP= *Anuario Facultad Teológica Pontificia*; REABA= *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires 1901-1957*; BEABA= *Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires, 1958-1999*; Anuario: Seminario de Buenos Aires, Villa Devoto, Anuario; ISÉRN= J. ISÉRN, *La formación del Clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús (Reseña histórica)*, Buenos Aires, Ed. San Miguel, 1936.

Juan Agustín Boneo, nombró una comisión pro-seminario, presidida por el entonces Mons. Espinosa, futuro arzobispo, y quien, con el tiempo, fuera la persona señalada para completar la obra de sus antecesores. Dicha comisión tomó activa gestión durante el episcopado de Mons. Uladislao Castellano, abocándose a la difícil tarea de elegir un lugar adecuado. Entre otras propuestas, se optó por adquirir un amplio predio en Villa Devoto, que entonces ocupaba casi seis hectáreas.

Una obra de envergadura, como la que nos ocupa, primero hay que soñarla, después imaginarla, para luego tomar coraje y ejecutarla. No menos importante es sortear los obstáculos que nunca faltan para llevarla a cabo, y aun después, lo más difícil quizá, mantenerla. Por sus dimensiones e implicancias, que van más allá de lo meramente edilicio, el Seminario, como sucede con los grandes emprendimientos humanos, fue el resultado de sacrificios y desvelos de muchos hombres y mujeres de Iglesia. El diseño del espacio edilicio estuvo a cargo del Ingeniero civil Pedro Coni, quien, en 1896, presentó a la comisión ejecutiva de la obra –en ese momento presidida por Mons. Terrero–, una *Memoria descriptiva del ante-proyecto*.<sup>20</sup> Los planos adjuntos revelaban una ambiciosa propuesta, que el profesional describía de la siguiente forma:

“El edificio total se divide en dos grandes pabellones con su frente principal sobre la calle Caracas (hoy José Cubas), ambos de forma rectangular y midiendo el de la izquierda 123 metros de frente por 75 metros de fondo, y el de la derecha 127 metros de frente por el mismo fondo...Entre esos dos pabellones queda libre una fracción de terreno reservado para la iglesia, de algo más de 30 metros por 60 de fondo, en cuya ubicación resultará el centro de la fachada de la Iglesia en el eje de la calle Edimburgo (hoy Emilio Lamarca)...”.

Basta recordar estas líneas del documento para advertir que la idea original era repetir en forma simétrica el actual edificio del otro lado de la Parroquia, donde se encuentran actualmente el Colegio y la Vicaría Episcopal. No sabemos si la comisión aprobó sin más el

<sup>20</sup> La *Memoria Descriptiva del ante-proyecto de edificio para Seminario Conciliar en Villa Devoto*, va precedida de una carta dirigida al *Presidente de la Comisión encargada de la construcción*, con fecha del 21 de agosto de 1896, a la que se sumaron dos planos de la obra. Archivo del Seminario, *Cartas*.

primer bosquejo, pero como luego quedó demostrado, en la medida en que se fue construyendo, las dificultades económicas hicieron más realista el proyecto.

A propósito de los recursos iniciales que hicieron posible el Seminario, es justo mencionar en este momento a quienes fueron los principales benefactores. Por sus significativos aportes a la obra de las vocaciones se destacaron: el de Don Tomás de Anchorena, quien costó las dependencias donde se levantaron las clases de Teología Dogmática, Teología Moral, Filosofía, Derecho Canónico y la misma biblioteca de la casa, además de las galerías y otras dependencias;<sup>21</sup> del mismo modo, la donación de Doña Isabel Elortondo de Ocampo; y, nobleza obliga, debemos reconocer los importantes subsidios que –en diferentes momentos de la construcción–, hiciera presente el Gobierno Nacional. Por su parte, la Sra. Mercedes Castellano de Anchorena asumió íntegramente la construcción del templo dedicado a la Inmaculada, en memoria de su hijo Nicolás.

La primera mudanza de Regina a Villa Devoto se hizo en enero de 1899; y en marzo de ese año, se inauguraron los cursos de Filosofía y Teología, ahora dictados en amplias e iluminadas aulas. Durante las primeras décadas del siglo XX, la imponente silueta del Seminario Metropolitano, cuyo *frontis* revela un refinado estilo francés, quebraba el horizonte de un barrio que por entonces contaba con muy pocos edificios que compitiesen con su esbelta y noble construcción.

<sup>21</sup> Cf. *Circular del Arzobispo Uladislao Castellano, agradeciendo la donación de Don Tomás Santiago de Anchorena, en memoria de su finado padre... 17 de diciembre de 1897.* Archivo del Seminario, *Cartas*.



Ilustración N° 14. El edificio del Seminario en la esquina de José Cubas y Concordia, actual entrada a la Facultad de Teología



Ilustración N° 15. Otra perspectiva de la misma esquina del Seminario



Ilustración N° 16. Hall de Entrada del Seminario

Pero, digámoslo, al Seminario no lo constituyen sólo las paredes: eso resulta obvio. En todo caso, con el tiempo, el edificio pasa a ser el referente afectivo, como lo es la casa materna. El Seminario, desde su origen, fue concebido, fundamentalmente, como un símil del *Colegio Apostólico*, donde los jóvenes seminaristas modelaban su corazón a semejanza del Único Sacerdote Jesucristo, según el ideario que la Iglesia iba renovando a la luz de los signos de los tiempos. Plasmando ese proyecto educativo, en la vida cotidiana del Seminario Conciliar, dominaba el clima de oración, silencio e intimidad divina en la frecuencia sacramental, en el recogimiento. De esa forma, se lograba un ambiente propicio a la dedicación y contracción al estudio, donde no faltaba la sana alegría y el solaz esparcimiento de los juegos y el deporte; en síntesis, el Seminario era concebido como un pequeño mundo de puertas adentro, donde se formaba y maduraba la vida de los discípulos enamorados de Cristo y de su Iglesia, preparándose espiritualmente para las exigencias del ministerio sacerdotal y al servicio de la salvación de las almas. El magisterio de León XIII colaboró enormemente a elevar los estudios eclesiásticos, con las encíclicas *Aeterni Patris Unigenitus Filius* (4-8-1879) sobre la restauración de la filosofía cristia-

na conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y *Providentissimus Deus* (18-11-1893) sobre el estudio de la sagrada Escritura. Además, tanto la exhortación apostólica *Haerent Animo Penitus*,<sup>22</sup> de San Pío X, sobre la santificación del clero (4-VIII-1908), la encíclica *Humani Generis Redemptionem*,<sup>23</sup> de Benedicto XV, sobre la predicación de la divina Palabra (15-VI-1917), despertaron el entusiasmo entre los jóvenes seminaristas.



Ilustración N° 17. Seminaristas en el hall de las aulas de teología

<sup>22</sup> *Acta Apostolica Sedis*, 41 (1908) 555-577.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 9, (1917) 305-317.

Inmediatamente, a los logros edilicios que se fueron completando por partes merced a generosas donaciones, le siguieron otros no menos importantes para la formación integral de los alumnos. Nos referimos al área intelectual, que constituye uno de los capítulos más interesantes de la vida de nuestro Seminario. Durante las sesiones del *Concilio Plenario de América Latina*<sup>24</sup>, convocado por León XIII y celebrado en la ciudad de Roma en 1899, los obispos en pleno, dispusieron que a falta de Universidades propiamente dichas en América –sin duda, aludiendo al proceso de secularización estatal de las existentes desde la Colonia–, se pudiesen establecer Facultades de estudios eclesiásticos, con la posibilidad de acceder a los grados académicos, hasta el momento, exclusivos para quienes cursaban sus estudios en Roma. En la Argentina, la cuestión se hizo de imperiosa necesidad cuando al principio del siglo XX fue laicizada la Universidad de Córdoba y quedaron suprimidas las Facultades de Teología, Filosofía y Derecho Canónico. Estas y otras razones, motivaron que Mons. Espinosa, junto a los obispos sufragáneos, solicitara a Benedicto XV el beneficio de contar con las mencionadas Facultades en el Seminario de Buenos Aires. La carta colegial fue fechada el 16 de enero de 1915 y tuvo una rápida y favorable respuesta del Santo Padre para crear las dos primeras, pero no así la de Derecho Canónico.<sup>25</sup> Para su adaptación a las normas romanas, la *Sagrada Congregación de Estudios*, impuso un programa especial de materias, equiparadas al estudio que por entonces regían los Gimnasios europeos, exigiendo los cursos de humanidades y ciertas proposiciones obligatorias que debían ser tenidas en cuenta en la formulación de las tesis filosóficas y teológicas. El Breve Pontificio *Divinum Praeceptum* fue expedido el 20 de marzo de 1915. Llegó a Buenos Aires en enero de 1916 y, en marzo, se inauguraron los nuevos cursos *ad experimentum*. Conforme avanzaron los cursos, muy pronto egresaron las primeras promociones con títulos académicos de Bachiller, Licenciado y Doctor en Sagrada Teología y Filosofía.<sup>26</sup> Los nuevos programas adaptados a las exigencias romanas, aunque inicialmente resultaron inalcanzables, trajeron grandes beneficios al clero, cada vez más preparado para hacer frente a los desafíos del siglo.

<sup>24</sup> Qr. Art. 697.

<sup>25</sup> Cf. J. ISERN, *La formación del clero*, 442-444.

<sup>26</sup> Sobre una población estudiantil de 189 en 1918, alcanzaron grados académicos 18 egresados en Sagrada Teología (tres doctores, cinco licenciados y diez bachilleres), y 32 en Filosofía (seis doctores, siete licenciados y diecinueve bachilleres), J. ISERN, *La formación del clero*, 475.

Al cumplirse el cuatrienio 1915-1919, y en atención a los auspiciosos resultados obtenidos en la promoción de los grados académicos, la Sagrada Congregación de los Seminarios y Universidades, en 1920, extendió por un decenio los privilegios contenidos en el Breve *Divinum Praeceptum*.<sup>27</sup> En este mismo quinquenio, la *biblioteca*, que ocupa amplio solar en el frente del primer piso, gracias a importantes donaciones aumentaba considerablemente el número de volúmenes y adquiriría importantes obras y colecciones. Coincidentemente, llegaba la luz eléctrica a Villa Devoto y el Seminario cambiaba la vieja iluminación a gas por las novedosas lamparitas.

El día 8 de abril de 1923 muere Mons. Espinosa y después de tres años de sede vacante, asume como Pastor de la Arquidiócesis Fray José María Bottaro, franciscano. Durante la década que se extiende desde 1920 a 1930, el Seminario, que ya por entonces funcionaba a pleno, ve colmada su capacidad edilicia, cuando el número de alumnos y profesores pasan a ser más de 300 -Menor y Mayor-, población que alcanza entre 1927 y 1928, sin contar los 37 estudiantes de la Compañía, que desde 1923 habían comenzado a cursar los estudios de Filosofía y Teología en Villa Devoto.<sup>28</sup>

La histórica *Congregación Mariana de María Inmaculada* -verdadera escuela de piedad y vida cristiana para los seminaristas-, dividida en *Mayor* o de San Juan Berchmans (filósofos y teólogos), y *Menor* o de San Luis Gonzaga (para el curso de humanidades) -más tarde se abrirá la de San Tarcisio, para los niños del barrio-, festejan el septuagésimo y vigésimo quinto año de vida respectivamente, a la vez que desarrollan una intensa actividad catequística y misional.<sup>29</sup> Surgen, al mismo tiempo, las *Academias* -de “Santo Tomás de Aquino” y “Filosofía” para los teólogos y filósofos, y la de “Nuestra Señora de Luján” para los latinistas-, las que tenían la función de animar y promover el clima intelectual, tan necesario para la formación sacerdotal.<sup>30</sup> Es, también, a fines de 1926 que se instala el Observatorio

<sup>27</sup> J. ISERN, *La formación del clero*, 477.

<sup>28</sup> Cf. *Anuarios* de los años 1923-1930 (vols. III-X).

<sup>29</sup> Cf. *Anuario IV*, 1924, Congregaciones, 33 ss; *Catálogo de la Congregación de María Inmaculada y San Luis Gonzaga. Establecida en el Seminario...*, 1907-1932, Buenos Aires, 1932; *Congregación de María Inmaculada y de San Juan Berchmans. Seminario Metropolitano... Estado de la Congregación 1868-1938. Estado de la Congregación*, Buenos Aires, 13 de Agosto de 1938.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 57 y ss.

astronómico bajo la dirección del P. José Ubach, desde donde hace importantes aportes a la ciencia del espacio. Por otro lado, el teatro incorpora un flamante proyector cinematográfico para solaz y alegría de las convivencias estudiantiles.

En junio de 1928, el Arzobispo Bottaro designa a Mons. Santiago Luis Copello como Obispo Auxiliar y Vicario General de la Arquidiócesis, a la vez que lo responsabiliza de todo lo que tiene que ver con la marcha del Seminario. Su primer intervención fue la de adquirir un solar en Derqui para construir la Casa de Campo para las vacaciones de los seminaristas. En septiembre de 1930, el nuevo prelado bendice la piedra fundamental, dando inicio a una importante construcción, que estará bajo el auspicio de la Sra. Mercedes E. de Blaquier.<sup>31</sup> Por entonces, las manzanas que rodeaban al edificio del Seminario habían sido pobladas aceleradamente por humildes familias de inmigrantes, en su gran mayoría “tanos”, “gallegos” y “turcos”, que así llamaban en general a los italianos, españoles y sirio-libaneses.<sup>32</sup>

Mientras tanto, la Facultad de Teología, encomendada a la Compañía de Jesús, prosperó hasta la promulgación de la Constitución Apostólica *Deus Scientiarum Dominus*, firmada por Pío XI el 24 de mayo de 1931. Recibió el documento pontificio el rector, el P. Germán Rinsche, quien permanecerá en cargo dieciséis años. En virtud de las Letras, los profesores tuvieron que adaptar los estatutos y planes de estudios a la citada Constitución, los que fueron aprobados por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, el 6 de septiembre de 1932. Nuevamente, hay que atribuirle la gestión de este nuevo capítulo de los estudios eclesiásticos a Mons. Copello, que toma posesión de la Sede Arzobispal de Buenos Aires -por dimisión del Arz. Bottaro-, el 18 de diciembre de 1932.

Por decreto de la *Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades* del 8 de diciembre de 1944 se erigió nuevamente y en forma definitiva la *Pontificia Facultad de Teología*, que hoy, con entidad propia, integra la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, donde nuestros seminaristas comparten con laicos y religiosos, una formación de excelencia. Creo que no hace falta agre-

<sup>31</sup> J. ISERN, *La formación del clero*, 496-498.

<sup>32</sup> Cf. C. J. MICKO, *Efemérides de Villa Devoto*, publicación de la Junta de Estudios Históricos de Villa Devoto, Buenos Aires, 1996.

gar nada más sobre los profundos vínculos que unen a ambas instituciones, que desarrollan su vida en el generoso y ya secular edificio.

Hay momentos en la vida del Seminario que marcan un antes y un después. En efecto, durante los días 11 al 14 de octubre de 1934, tuvo lugar la celebración del XXXII Congreso Eucarístico Internacional en Buenos Aires. Sin dudas, fue un acontecimiento que se vivió intensamente desde el lugar que siempre ha sido considerado como corazón de la diócesis. La *Schola cantorum*, la participación en los ministerios litúrgicos de las ceremonias religiosas y el albergue de seminaristas del interior del país, fueron entre otras, las actividades que ocuparon la atención de esos días. El espíritu religioso que dejó ese evento espiritual y pastoral, dio al Seminario una mística que marcó Generaciones de egresados.<sup>33</sup> En cuanto a los estudios de ese año, es de notar que pusieron de manifiesto la relación íntima que las verdades teológicas encierran respecto al dogma eucarístico.<sup>34</sup>

La vida cotidiana del Seminario, durante las décadas del 30 al 50 estuvo signada por una gran estabilidad institucional, que favoreció, por un lado, a dar intensidad y seriedad a la formación humana y espiritual de los seminaristas, por otro, a desarrollar una febril actividad intelectual que se traducía en un sinnúmero de actividades afines. En nuestros archivos están las publicaciones de libros, algunos de ellos de significativa trascendencia como *Teología Ascética* (Buenos Aires 1954), de Otto Zimmermann S.J y las numerosas publicaciones sobre tratados dogmáticos de Juan Rosanas S.J. (editados entre 1946 y 1954), cuyas composiciones estuvo bajo la responsabilidad de los alumnos; las colecciones de *Efemérides* y *Anuarios*, *Gramáticas de latín, griego y hebreo*, etc.; y la publicación quincenal auspiciada por la Congregación Mariana del Seminario Mayor, que ostentaba el sugestivo nombre de *Poco y Bueno* (1947-1956). Con menos tiempo de vida, circuló la revista de los seminaristas argentinos editada en la casa, bajo el título de *Laudetur*.

Durante este período fueron apareciendo tres documentos que hicieron escuela en la formación espiritual de los jóvenes estudiantes: la encíclica *Ad catholici sacerdotii dignitatem* de Pío XI, sobre el sacerdocio católico (20-12-1935); la exhortación apostólica *Menti Nostrae* de Pío XII, sobre el fomento de la santidad sacerdotal (23-9-1950) y *Sacerdotii*

<sup>33</sup> Resumen de las efemérides del curso 1934, en *Anuario XIV*, 98 ss.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 13 ss.

*Nostri Primordia* de Juan XXIII (1-8-1959), en el centenario de la muerte del Cura de Ars, modelo incuestionable del clero secular.

Fue en el transcurso de esta etapa que se producen importantes novedades relacionadas con la obra formativa: en 1938, gracias a la Fundación Josefina Elortondo de Bemberg y Otto Bemberg, se abre el *Instituto Vocacional San José* en la localidad de San Isidro, que funcionó como Preseminario a cargo de las hermanas de la Virgen Niña; el 14 de enero de 1941, con la generosa donación que obtuvo de la Sra. Devoto de Devoto a la memoria de su esposo, el Cardenal Santiago Luis Copello bendijo solemnemente *El Seminario de vacaciones San José*, destinado exclusivamente –como lo testimonia una placa conmemorativa–: «A mis bienamados seminaristas»; y el 26 de julio de 1947, construido con aportes del Estado Nacional, el mismo arzobispo bendijo las modernas instalaciones del *Seminario Menor Metropolitano Sagrado Corazón de Jesús*.

En 1949 conviven en el Seminario Mayor de Buenos Aires, 223 seminaristas de distintas procedencias. En efecto, envían a formar los candidatos al sacerdocio las siguientes arquidiócesis: Arequipa (Perú), Asunción (Paraguay), La Serena (Chile), Montevideo (Uruguay), Salta, Sucre (Bolivia); y las diócesis de Azul, Mercedes, Río Cuarto, Rosario, San Luis y Viedma, de Concepción y Chacho (Paraguay), de Florida, Melo y Maldonado (Uruguay), de Sobral-Ceara (Brasil), de Tacna (Perú), de Villarrica (Paraguay). Además, desde hacía varios años se habían incorporado los estudiantes de varias familias religiosas: Misioneros de la Sagrada Familia, Josefinos de Murialdo, Misioneros de los Sagrados Corazones, Camilos, Oblatos de María Virgen, Oblatos de María Inmaculada, Operarios Diocesanos y Capuchinos, sin contar otros alumnos externos. El mismo año, el Seminario Menor contaba con 186 jóvenes.<sup>35</sup>

Acontecimientos relevantes en la vida interna del Seminario, ayudaron a crear un clima que favoreció la promoción de las vocaciones, a la vez que crecía el deseo de una auténtica formación intelectual y pastoral. La visita del creador de la Internacional Jocista (JOC), el Canónigo José Cardijn, quien dedicó su ministerio sacerdotal entre los obreros, tuvo amplísima repercusión entre los

<sup>35</sup> Cf. *Anuario XXIX*, Año Jubilar 1899-1949. Cf. *Pastoral del Cardenal Copello sobre el Cincuentenario del Seminario Arquidiocesano*, en: REABA, 1949, 270-272.

filósofos y teólogos.<sup>36</sup> Por entonces se inaugura una *Cátedra Apostólica*, que concede la palabra a personalidades del clero nacional y extranjero, lo que colaboró enormemente a abrir horizontes pastorales y eclesiales.<sup>37</sup> Del mismo modo, la exhortación apostólica *Menti Nostrae*,<sup>38</sup> de Pío XII, sobre el fomento de la santidad de la vida sacerdotal, imprimió en el alma de los seminaristas un deseo de perfección espiritual y fomentó la identidad del clero diocesano. Los jóvenes que ingresan al Seminario Mayor y Menor son numerosos, y sólo entre los años 1948 y 1951, alcanzan a un centenar los sacerdotes ordenados. Para 1950, Año Santo Universal, la población total de los dos Seminarios es de 420 seminaristas. En 1953 queda terminada la casa para las religiosas que se harán cargo del economato y la cocina de los seminaristas, tarea que asumen las hermanas de la Congregación de Religiosas de San José. Para entonces, ya se habían abierto los Seminarios bonaerenses de La Plata, Azul, Mercedes y Bahía Blanca. No obstante, en 1954, son varias las diócesis del país y aún las extranjeras que confían sus vocaciones a Villa Devoto, que junto a los religiosos -Oblatos de María Inmaculada, Siervos de María y Misioneros de la Sagrada Familia-, ese año suman una población de 430 formandos, con 26 sacerdotes ordenados.<sup>39</sup>

Los sucesos políticos del 1955 alteraron sobremanera la vida interna del Seminario.<sup>40</sup> No podía ser de otra manera, puesto que la tensión creciente entre Iglesia y Estado, que durante diez años había mostrado un frágil equilibrio, ahora se desencadena en abierta persecución contra los obispos, sacerdotes y laicos. El país entero se sumerge en un agitado clima social,<sup>41</sup> que desemboca en la Revolución Libertadora -16 de septiembre-, y concluye con el alejamiento del Gral. Perón. Ese año, el curso lectivo para los seminaristas había comenzado como de costumbre, pero después de la celebración del *Jueves Santo* y especialmente de la procesión del *Corpus Christi*, tras

<sup>36</sup> *Anuario*, XXVIII, 1948, 13; *ibid.*, XXXI, 1951, 41 ss.

<sup>37</sup> *Anuario* XXX, 1950, 42 ss.

<sup>38</sup> *Acta Apostolica Sedis*, 42, (1950) 657-702.

<sup>39</sup> *Anuario* XXXIV (1954), 10 ss.

<sup>40</sup> Cf. *Carta Pastoral del Venerable Episcopado denunciando la persecución religiosa en la Argentina*, 13 de julio de 1955, en: REABA, 1955, 217-231.

<sup>41</sup> El 16 de junio estalla un movimiento militar contra Perón. Aparatos de la aviación naval bombardean Plaza de Mayo, con el doloroso saldo de cientos de muertos y heridos. En represalia, son quemados la Curia y templos católicos en la ciudad de Buenos Aires.

el arresto masivo del clero, se hizo imposible mantener el orden deseado de las clases y un clima de serenidad requeridos para la formación en general. La prudencia aconsejaba cautela, y fue entonces que se tomaron prevenciones de seguridad y se alargaron los francos de fin de semana, los que se hicieron más espaciados durante los luctuosos meses de julio y agosto. La crónica de la casa registra de esta forma los sucesos:

“La persecución religiosa, que bajo pretexto de una excesiva intromisión de la Iglesia en los asuntos públicos, se había desencadenado en nuestro país, con su plan de vejámenes y calumnias contra civiles y eclesiásticos, con el encarcelamiento y torturas de numerosos miembros de asociaciones católicas y sacerdotes; con las leyes impías que negaban a la Iglesia sus derechos más indiscutidos; todo ello repercutió hondamente en el alma del Seminario...”<sup>42</sup>

Cuando todo volvió a la normalidad, pudo encauzarse la continuación de las clases en general, la imposición de la sotana para el Menor, los ministerios y las ordenaciones en el Mayor, los exámenes y las colaciones de grados académicos en la Facultad de Teología, etc. Pero algo había cambiado substancialmente en esa segunda mitad del curso, y eso se hará más evidente en los años subsiguientes.<sup>43</sup> Ciertamente, que aquello fue un punto de inflexión, no caben dudas, puesto que el clima general, que hasta el momento fomentaba la vida interna del Seminario -vida espiritual y estudio-, se abre a una gran actividad externa, a través de las experiencias pastorales entre parroquias, hospitales, medios obreros, militares, etc. Es notorio cómo, entre los años 1956-1960, ya se empiezan a ver anticipadamente algunos síntomas de una década que se caracterizó por la caída de la curva vocacional, la crisis de las instituciones tradicionales y una creciente expectativa que aventaba la inminente celebración del Concilio Vaticano II. Fue Mons. Fermín Lafitte (1956-1959) quien

<sup>42</sup> *Anuario*, XXXV (1955), 31.

<sup>43</sup> La precipitada promoción del Cardenal Copello a la Cancillería Romana, inmediatamente después de los sucesos del 55, fue un hecho que causó perplejidad y confusión en el momento, además de una cierta inestabilidad institucional en la Iglesia de Buenos Aires, situación que no alcanza a componer, sin ánimo de restarle méritos, el breve gobierno pastoral del Arzobispo Lafitte.

ejerció el gobierno pastoral de la arquidiócesis durante ese período de transición.<sup>44</sup>

De todas formas, el ejemplo de vida sacerdotal y la sacrificada labor de los padres jesuitas dejaron hondas huellas en el alma y en la memoria colectiva, tanto en generaciones de sacerdotes como entre los feligreses del barrio de Villa Devoto. A modo de agradecimiento a la Compañía de Jesús, por los servicios eclesiales prestados durante siglos, en el difícil arte de la formación del clero, es justo que evoquemos dos de sus miembros más queridos: el Padre Germán Rinsche, rector y profesor por más de veinte años en esta casa, y el sacerdote Agustín Nores, encargado durante mucho tiempo de la Iglesia de la Inmaculada hasta su muerte acaecida en 1938, recordado por sus hijos espirituales como “sacerdote apóstol, religioso ejemplar, maestro abnegado, catequista incansable, padre de los pobres, consuelo de los atribulados”.<sup>45</sup> Los unimos en cariñoso recuerdo porque el Padre Nores fue a la Parroquia, a los niños y a la labor catequística, lo que el Padre Rinsche fue al Seminario, a los seminaristas y a la obra formadora de los futuros sacerdotes. Los dos últimos rectores jesuitas fueron los Padres Juan M. Moglia (1952-1956) y Pedro Moyano (1956-1960).

En 1960, los datos estadísticos muestran una población numerosa de seminaristas: 156 en el Mayor; 116 en el Menor y 44 en el Preseminario. Tengamos en cuenta que durante mucho tiempo asistieron vocaciones de las diócesis del interior, tales como Bahía Blanca, Azul, Mercedes, Salta, Catamarca, San Nicolás, La Plata, San Luis, San Martín, Corrientes, Concordia, Morón, Avellaneda, Quilmes, etc. También eran enviados de diócesis sudamericanas, tales como Perú, Bolivia, Paraguay, Brasil, Uruguay, Ecuador y Chile, y aun algunos alumnos de Nicaragua. Además, durante un período de tiempo más o menos largo, integraban el Seminario novicios y formandos de congregaciones religiosas, como los Palotinos, Misioneros de la Sagrada Familia y los Siervos de María.

En el mismo año de 1960, después de una ordenada y progresiva transición, el Seminario de la Inmaculada Concepción quedó

<sup>44</sup> Véase la *Primera Pastoral del VII Arzobispo de Buenos Aires*, en: *BEABA*, (1959), 96 ss

<sup>45</sup> Así reza la placa que acompaña el busto de su sacerdotal figura, en el patio de la Parroquia.

nuevamente bajo la conducción del clero secular. Precisamente, la del sesenta fue una década difícil para la vida pastoral de la Iglesia en general, y más aún para la formación sacerdotal en particular. Decir algo sobre las causas que motivaron ese desfuerzo merecería mayores precisiones, que escapan al alcance de esta memoria. Pero las consecuencias son por todos conocidas, entre ellas, las más dolorosas resultaron las deserciones sacerdotales, el virtual vaciamiento del Seminario, la confusión de ideales y la falta de motivaciones vocacionales. De hecho, es en este período que cierra sus puertas el Preseminario y el Seminario Menor. Algunos recuerdan con espanto, el desenfreno de no pocos, que con cierta fobia iconoclasta arremetieron contra obras de arte – imágenes, retablos, vasos sagrados, etc.–, de lo cual hoy nos lamentamos sobremanera, ya que pertenecen al patrimonio secular de nuestra institución. Sacerdotes mayores, protagonistas del momento, nos hicieron notar que no faltaron rectores, superiores y padres espirituales, quienes con espíritu eclesial y virtuosa paciencia campearon el temporal, por lo que hoy son recordados con afecto. Una entrañable personalidad de esa época es la figura del Cardenal Eduardo Pironio.

En medio de esa crisis apareció la voz serena y firme de Pablo VI. Una de sus primeras directrices fue el motu propio *Summi Dei Verbum*, (4-11-1963) con motivo de celebrarse el IV centenario de la Institución de los Seminarios por el Concilio de Trento. Luego, el Concilio Vaticano II –no sin inspiración divina–, hizo entrar un aire nuevo en toda la Iglesia y, en especial, renovó fundamentalmente las orientaciones sobre formación sacerdotal que nos llegaron a partir de los lineamientos que se desprenden del decreto conciliar *Optatam Totius* (28-10-1965), y que la Sagrada Congregación para la Educación Católica interpretó magníficamente en la *Ratio Fundamental* o *Normas Básicas para la Formación Sacerdotal* de 1970. Ese espíritu contagió entusiasmo y nuevas esperanzas. Ya en marzo de 1968, un grupo de sacerdotes que en aquel momento dirigían el Seminario Conciliar sintió la responsabilidad de poner en práctica las normas del Concilio en materia formativa y, por tal motivo, decidieron abrir el Curso Introductorio en el viejo edificio del Instituto Vocacional San José. El acento estaba puesto en dos objetivos fundamentales que rigen hasta el momento: el discernimiento vocacional de cada joven y la necesidad de un tiempo dedicado a la iniciación de la vida espiritual, a la formación intelectual y a la convivencia comunitaria.

#### 4. Adenda: breve panorama de los últimos años

A partir de entonces, el Seminario entró en una etapa de crecimiento y estabilidad, sin lo cual es imposible llevar adelante un proyecto formativo. Ya estoy hablando del Seminario que me tocó vivir como seminarista, primero; y luego, como formador. Mi generación recuerda con enorme gratitud y cariño la entrega generosa de nuestros superiores, y en especial la figura sacerdotal de Mons. Alberto Carmelo Albisetti, quien fuera rector durante 12 fecundos años, fallecido el 21 de enero de 1994.

Cabe mencionar que la dirección espiritual estaba a cargo de sacerdotes que integraban el cuerpo de formadores, con la colaboración de algunos externos. Su labor se destacó siempre por el dominio en el arte del discernimiento, el encuentro y la escucha de cada persona, el buen consejo y la oportuna corrección de costumbres si hubiese falta, para que cada candidato al sacerdocio vaya madurando su entrega generosa al ministerio ordenado. Imposible no mencionar la figura de Mons. Lorenzo Esteva, padre espiritual por más de cuatro décadas, y cuya partida a la casa del Padre aconteció el 22 de diciembre de 2006.

Después de que algunos pensaron seriamente en demoler el Seminario para construir otro en su lugar, durante la década del 80, por iniciativa y especial solicitud del Cardenal Juan Carlos Aramburu, sus dependencias interiores fueron modernamente acondicionadas, acordes con las exigencias y adelantos de la época. Los cursos clásicos del filosofado y los del teologado, agrupados en sectores bien diferenciados del edificio, dieron paso a las pequeñas comunidades bajo distintos patrocinios: Sagrado Corazón, Buen Pastor, san José, san Pedro, san Pablo, san Agustín, Santo Tomás de Aquino, Santo Cura de Ars y Santa Rosa de Lima. La convivencia de los seminaristas con el formador inauguró un nuevo estilo en la formación inicial de los futuros sacerdotes. Una nueva primavera de vocaciones hizo que en este tiempo se colmarán los nuevos espacios edilicios, con 190 seminaristas en el Mayor y 40 jóvenes en el Instituto Vocacional San José. Quiso la divina Providencia que este tiempo del Seminario fuese conducida por Mons. Emilio Riamonde. Su amplísima experiencia pastoral y sólida espiritualidad sacerdotal –fue párroco durante muchos años–, fueron un signo testimonial oportuno para ese momento.

Con la llegada de los años noventa, también se produjeron novedades importantes en la Arquidiócesis de Buenos Aires. Su nuevo

pastor, el Cardenal Antonio Quarracino (1990-1998) priorizó entre sus orientaciones pastorales una especial solicitud por el Seminario y la obra de las vocaciones sacerdotales, y su presencia paternal se hizo un hecho habitual entre nosotros. A la vez que imprimió su estilo cercano, claro y sencillo, confirmó con fuerza la orientación Conciliar de su Seminario, que para el tiempo de su asunción contaba con 149 seminaristas -Curso Introductorio y Mayor- y 23 diáconos en parroquias.<sup>46</sup> El Arzobispo eligió como rector a Mons. Dr. Alfredo H. Zecca, quien fue elegido al mismo tiempo Decano de la Facultad de Teología (1991-1996).

No había terminado el segundo milenio, cuando asume como Arzobispo Mons. Jorge Mario Bergoglio S.J., hoy nuestro Papa Francisco. El tiempo de gracia se extendió por 15 años, durante el cual la vida del Seminario, aunque el número de seminaristas fue discreto, su prédica y contagioso entusiasmo por la nueva evangelización, hicieron que la formación adquiriese un perfil pastoral y misionero que dura hasta nuestros días. Él eligió como Rector al Pbro. César Daniel Fernández, y después que este fue elegido Obispo de San Salvador de Jujuy, le sucedió el Pbro. Alejandro Giorgi.

El entonces Cardenal Bergoglio promovió la creación de la Casa Vocacional “San Juan Bosco”, ubicada en la Villa de Retiro, especialmente dispuesta para recibir las vocaciones que surgen de esa periferia pastoral. Integrada al itinerario formativo del Seminario Inmaculada Concepción constituye una renovada esperanza para los jóvenes que provienen de medios populares.

Con la conciencia y el orgullo de contar con un Seminario que hunde sus raíces en los orígenes coloniales (1622), fieles a tan caras tradiciones, hoy tratamos de vivir las orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II, y que modernamente se hallan expresadas por la inspirada Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis* de San Juan Pablo II (25-3-1992). En este sentido, podemos decir que toda la actividad del Seminario no posee otro programa, sino el que gira en torno a un único objetivo: «Que los jóvenes seminaristas se formen verdaderos pastores de almas a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, y se preparen para el ministerio de enseñar, santificar y regir al Pueblo de Dios».<sup>47</sup>

<sup>46</sup> Eph. (1991), 14.des

<sup>47</sup> *Ratio Fundamentalis* n° 21.

Su flamante rector, el Pbro. Julio Miranda —quien prodigó su ministerio durante 22 años en la Diócesis de San Martín—, lleva, con la colaboración de un entusiasta cuerpo de formadores, el destino de la institución, que sin dudarlo, es el corazón de nuestra Arquidiócesis de Buenos Aires.